

durante los siete años de padecimientos y tribulaciones que precedieron á su empresa. Su constante calumniador se ve precisado á confesar que esa caída no sería un obstáculo para su canonización. «¡Cuántos santos, dice, veneramos en los altares que hicieron peor que él, y que luégo borraron su pecado con la penitencia (1)!» no rechazamos, pues, esta calumnia, ni vamos á demostrar su falta de fundamento bajo el punto de vista de la agiografía, sino sólo en interés de lo verdadero.

No permitiremos que en nombre de la crítica histórica vengan, los que son tan incapaces de comprender los grandes aspectos de la historia como de describirlos, á imponer con tono decisivo á los crédulos sus afirmaciones erróneas, y sustituir impunemente textos truncados de los textos al espíritu de su conjunto y al significado de los hechos. No toleraremos que la medianía rebaje á su nivel la idea que Italia debe formarse del hombre que tuvo la honra de dar al mundo.

Séase bien:

Nosotros venimos á defender mucho ménos la causa de Cristóbal Colon, que la de la historia. Hay aquí la lucha del espíritu contra la letra; el antagonismo de la grandeza cristiana y de la pequeñez bibliográfica; el eterno combate de la verdad contra la mentira. Á pesar nuestro, nos veremos obligados á entrar en minuciosos detalles acerca de esta cuestión, que, á primera vista, parece muy sencilla. Pero no siempre es uno dueño del asunto. Cuando el ateo Proudhon, que había dicho «¡Dios es el mal!» escribió «La propiedad es el robo,» para refutar esta sola *línea*, el gran historiador del *Consulado y del Imperio* se vió forzado á escribir todo un tomo.

Hoy, para pulverizar la acusación de «unión ilegítima,» formulada desde Génova contra la moralidad de Cristóbal Colon, nos veremos probablemente obligados á borrar muchas más páginas de lo que desearía el hastío que sentimos por los calumniadores.

(1) «Quanti santi veneriano sugli altari che hanno fatto peggio di lui, ed hanno espiato colla penitenza i loro falli.»—*Giornale degli Studiosi*, 2.º semestre, pág. 217, año 1869.

## CAPÍTULO II.

LA CALUMNIA PERSIGUE CONSTANTEMENTE AL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO EN TODA SU CARRERA.—INDIFERENCIA SECULAR DE LOS GENESES RESPECTO Á CRISTÓBAL COLON.—GÉNOVA, FOCO DE LA CALUMNIA.—ECLESIÁSTICOS GENESES DETRACTORES PRIVILEGIADOS DE SU INMORTAL COMPATRIOTA.—NUEVO REFUERZO EN FAVOR DE LOS CALUMNIADORES GENESES.—BIBLIOGRAFOS PROTESTANTES Y VOLTERIANOS ENEMIGOS DE LAS VIRTUDES DE CRISTÓBAL COLON.

### § I.

La Providencia quiso que el más grande acontecimiento del Globo, el descubrimiento del Nuevo Mundo, fuese realizado por un Santo; y que después de tres siglos de olvido ó de error, bajo el Pontificado del primer Papa que cruzó el Atlántico, fuera ensalzado por fin á la vista de las naciones cristianas, el verdadero carácter del hombre elegido para llevar á cabo la más vasta obra del ingenio humano.

Pero como la rehabilitación histórica, mandada por el inmortal Pio IX, venía á ser implícitamente la glorificación del Catolicismo, pareció insoportable al orgullo de la libertad del pensamiento, á los enemigos de la Iglesia, á los que no quieren que Dios tenga el derecho de mezclarse en las cosas de este mundo. Por esto han resucitado contra el agente visible de la Providencia, una miserable calumnia que yacía sin vida por el suelo desde su cuna, y se esfuerzan en crearle adeptos, adornándola con la falsa apariencia de erudición.

Aunque nuestra historia de Cristóbal Colon desmintió incidentalmente esta culpable aserción, la terquedad de sus propagadores nos obliga hoy á tratarla otra vez; y tanto más cuanto que, no há mucho, la más eminente publicación del universo cristiano, la *Civiltà Cattolica* reiteró la intimación que nos hizo la incisiva y sabia pluma del Reverendísimo sacerdote Julio Morel, consultor de la Sagrada Congregación del Index, para que en nuestra cualidad de historiador de Cristóbal Colon, nos presentáramos á disculpar al Revelador del Globo de la acusación tan generalmente propagada contra su moralidad.

No ignoramos que todas las biografías de Cristóbal Colon publicadas ántes de la aparicion de nuestro libro: *la Croix dans les deux mondes*, contienen una imputacion muy grave, más ó ménos claramente formulada contra la castidad de ese héroe. La unidad de la afirmacion, la unanimidad de las reproducciones, la concordancia de los biógrafos y de los bibliógrafos parecen dar formal consistencia á dicha acusacion. Hasta se ha intentado revestirla de cierto carácter imponente, honrándola con el nombre de tradicion. Y ha sido tan grande la propagacion de esta calumnia que se han conmovido los mismos justos. Esta sospecha suscita una piadosa inquietud en ciertos fieles. Tenemos la prueba de ello.

Es necesario, pues, que hablemos: *tempus est loquendi*.

Vamos á encontrar contra de nosotros más de ochenta escritos, ecos invariables de esta calumnia; despues las sociedades científicas, las academias, las enciclopedias, los diccionarios, las biografías, las obras de geografia, la numerosa cohorte de los meros bibliógrafos; finalmente, por cima de todo, la autoridad universalmente dominante del ilustre protestante prusiano, Alejandro de Humboldt, á quien sus compatriotas dan el renombre de *Aristóteles moderno*.

Sin conmovernos esta imponente suma de opiniones ni la multiplicidad de sus órganos, destruiremos pieza por pieza la calumnia, desenmascarando la impostura que hasta ahora le ha permitido mostrar, sin sonrojarse su impudente rostro.

Digamos desde luégo que el punto de partida de esa acusacion reside en una mera afirmacion, y que ésta por otra parte completamente errónea, supone el hecho absolutamente falso de que Cristóbal Colon la vispera de su último día, en presencia de la muerte, penetrado el corazón de arrepentimiento por su «union ilegítima» con Beatriz Enriquez á quien habia hecho madre de don Fernando, encomendó esta mujer á su hijo mayor, pidiéndole que proveyera á sus necesidades, de modo que pudiera vivir honradamente, y queriendo que lo hiciera en descargo de su conciencia; porque, por dicha causa, tenia en el alma un peso cuyo motivo no convenia, decia él, escribir.

Por cierto que es terrible semejante acusacion para un cristiano cuya beatificacion se solicita. El hecho censurado sería absolutamente inconciliable, si fuese realmente cierto, con la calidad de siervo de Dios. Pero semejante imputacion, por más propagada y acreditada que esté, no nos inquieta gran cosa, porque, para quien haya estudiado formalmente la vida de Colon, la calumnia es una antigua conocida, una especie de compañia obligada, de la que no puede deshacerse, y que se encuentra inevitablemente á su rededor en todas las circunstancias importantes.

Como la sombra sigue al cuerpo, siguió la calumnia paso á paso al descubridor de América. Unióse desde un principio á su destino, sin separarse más de su

gloria ni de su infortunio. La misma muerte no pudo ni apartarla, ni suavizarla. Cuando hubo desaparecido de la tierra, sólo la calumnia habló aún de él en España.

En la época en que, pobre y solicitante, proponia un mundo á la corte de Castilla, se calumniaba ya su talento, su rectitud, su modestia. Durante sus discusiones en la junta de Salamanca, se le acusaba de heregía. Despues de su descubrimiento, al día siguiente de su regreso triunfal, se le hería con la sospecha de traicion, de crimen de Estado. Habiéndole arrojado la tempestad á la costa de Portugal, se le acusaba de haber ido á ofrecer al rey Juan II la venta del secreto de su ruta.

En su segundo viaje se embarcaba con él la calumnia y desfiguraba cada una de sus palabras, cada hecho de su administracion. Encontrábase culpable de mentira, orgullo, conspiracion latente, crueldad, etc. Para disculparse vióse Colon forzado á cruzar el Océano, á volver á España. Durante el viaje, despues que en alta mar, en medio de las amenazas del hambre y de la rebelion, anunció el día fijo de la llegada y hasta el punto del desembarco, le acusó de hechicero al ver realizados sus pronósticos.

En su tercera expedicion, despues que ha hallado el Nuevo Continente, crece la calumnia á proporcion de sus servicios, y adquiere tanta fuerza que estalla en su gobierno una insurreccion general. Las denuncias llueven abundantes en la corte de España: es acusado de avaricia, rapiña, homicidio, felonía, sacrilegio, etc., Para averiguar sus crímenes, se envía un comisario extraordinario. Tanto le habia rebajado la calumnia ante la opinion, que se le echa en un calabozo, cargado de cadenas, sin interrogatorio, sin forma ninguna de justicia. Se le insulta en verso y prosa. Los romances, libelos y pasquines injuriosos le atribuyen crímenes tan odiosos que el grande hombre no creía «que nunca se inventaran semejantes ni en el mismo infierno (1),» y sin embargo, jamas, ni aún entre las calumnias de sus más crueles enemigos, se encuentra la menor alusion á la supuesta «union ilegítima.»

Cuando á los sesenta y seis años de edad, abrumado de enfermedades, se hacia otra vez á la mar para su última exploracion, subía á bordo la calumnia, y ejecutaba tales proezas que la rebelion de una parte de las tripulaciones, la desercion de otra, la conjuracion de los mismos enfermos, pusieron continuamente su vida en peligro. Despues de su regreso, casi enteramente milagroso, la calumnia ha progresado tanto y le ha sumido en tan gran descrédito, que se ve

(1) «Que al infierno nunca se supo de las semejantes.»—CRISTÓBAL COLON. *Carta al Ama.*—Coleccion diplomática, tom. I, pág. 271.

abandonado de los hombres, hasta el punto que, para firmar la escritura de depósito de su testamento, no se puede hallar en la muy noble ciudad de Valladolid una persona notable que acceda á este acto. Sólo tienen esa condescendencia un fraile y un bachiller.

Después de la muerte del vencedor del MAR TENEBROSO, no consiente la calumnia en alejarse de él. Sentada sobre su tumba, difama al héroe con mayor facilidad. Niega hasta su honradez. Le acusa de expoliación sacrilega y de plagio. Si se diera crédito á la calumnia, Colon habría robado su plan á un marino muerto de extenuación en la isla de Porto-Santo. Se niega su descubrimiento lo mismo que su iniciativa. Se discute su prioridad en el proyecto, y hasta su valor en la ejecución. Por esto no nos asombra encontrar hoy otra vez la calumnia camino de Roma, porque allí es donde deberá ser juzgado el descubridor del Nuevo Mundo. Toma ya la delantera.

Colon no ignoraba el furor de la calumnia contra su gloria. Preveía sus consecuencias, cuando escribía que se le había creado una reputación tal que si mandase construir iglesias y hospitales, se diría que fabricaba cavernas para los ladrones. Y sin embargo, debe notarse que en medio de ese concierto de depreciaciones y denuncias, jamás se levantó ninguna sospecha contra su castidad. Por espacio de ciento sesenta y seis años no imaginó ningún escritor acusarle de «unión ilegítima». Tampoco se produjo jamás semejante imputación mientras duró su posteridad masculina. Digamos también en honra de los Españoles que jamás se concibió en España semejante necedad. Los historiadores españoles no han olvidado este encargo del profeta: «No calumniéis al extranjero, al huérfano y á la viuda (1).» Han respetado la memoria de Colon extranjero, la de su noble viuda y del hijo que dejó menor de edad. No se ha ejercitado en esa absurda invención la pluma de ninguno de ellos. En el suelo italiano y ciento sesenta y seis años después de la muerte de Cristóbal Colon, la barbaridad de un bibliógrafo dió forma, sin conocer el mal que hacía, á esa miserable calumnia, hija innoble de la sutileza curial, y la estampó en un libro. Hasta entonces no había salido de los archivos de los tribunales.

## § II.

Llevado Colon de la ingenuidad de su fé, daba sin avergonzarse, su verdadero nombre al primer autor de las contrariedades, de las tribulaciones y de los obs-

(1) «*Advena et pupillo et vidua non feceritis calumniam.*»—Jeremías, cap. VII, v. 6.

táculos suscitados contra su celo. En el antiguo Oriente, entre los pueblos primogénitos de la rama semítica, el nombre terrestre de Satanás significaba el calumniador, porque su nombre se compone de mentira y calumnia: *Scheitan*, de donde se ha formado Shatan, y después Satan. Entre los Asirios, los Caldeos, los Árabes y los Siriacos, el nombre del diablo está sacado de la misma radical *Schein*; y aún cuando á veces difiere de ella en algunas letras, conserva no obstante la misma acepción. El Ahriman de los Persas es llamado también el Mentiroso, y en nuestro lenguaje damos al demonio una calificación semejante, llamándole el padre de la Mentira.

Satanás, *el calumniador*, que había saciado su ira contra Cristóbal Colon, sin lograr hacerle caer, continuó mucho tiempo después de su muerte empañando su fama, é intentó borrar su memoria.

Después que en 20 de diciembre de 1795 se verificó con toda la pompa religiosa que se hubiera desplegado tratándose de las reliquias de un santo, la traslación de los restos mortales de Colon, á la catedral de la Habana, alejose la calumnia de su tumba y se arrió á su cuna. Fué á Génova y halló el terreno bien preparado para fijarse allí.

El descubrimiento del segundo hemisferio más bien inquietó que entusiasmó á los compatriotas de Cristóbal Colon. Estos compartían entonces el comercio de Levante con los Venecianos, únicos que les hacían competencia. No vieron sin recelo que se abrían en el Océano relaciones nuevas, que quizás debían disminuir muy pronto su preponderancia en el Mediterráneo. De ahí provino cierta frialdad para con el héroe de los mares. Consideraban su empresa únicamente bajo el punto de vista de los intereses ligurios. Por esto veían con indiferencia que Florencia atribuía la gloria del descubrimiento á uno de sus hijos.

Génova no se interesaba mucho por su hijo. La ciudad no sacaba honra de su fama, y nadie, al parecer, conservaba allí su memoria. Sólo en Roma tuvo idea de su grandeza un antiguo embajador genoves, Huberto Foglieta. En vano se indignó del vergonzoso silencio de sus compatriotas, y reclamó la erección de un monumento en su honra, la República fué sorda, y el Gobierno no se ocupó de Colon.

Con todo, algunos patricios sacaron de su historia asuntos para la ornamentación de sus moradas. En el palacio Spínola, un fresco de Filippo Alessi representó el descubrimiento de la América. La casa Saluzzo pudo también honrarse con un fresco que mostraba el desembarque de Colon en las Indias; y en el palacio Cambiaso-Negrotto, el pincel de Tavarone figuró el regreso del Almirante á Europa. En la ornamentación de algunos edificios particulares hubo alusiones al descubrimiento. Pero esos recuerdos eran meramente individuales, y no se inspiraban en el sentimiento público. La antigua República no hizo suya la gloria